

Todas las tres de nuestras lecturas de hoy nos recuerdan que la fe no es simplemente lo que creemos; es un viaje. Es verdad, por supuesto, que lo que creemos nos guía y nos acicatea en nuestro viaje de la vida, pero es el viaje mismo que revela la naturaleza y autenticidad de lo que profesamos creer. Tanto en inglés como en español tenemos los dichos que nos recuerdan de la importancia de vivir lo que profesamos. Los ejemplos en inglés son, “Actions speak louder than words” [Acciones hablan más alto que las palabras]; y «What you do speaks so loud I can’t hear what you are saying» [Lo que haces habla tan fuerte que no puedo escuchar lo que dices]; y «Practice what you preach» [Practique lo que predica]. Si mi fuente es correcta, algunos ejemplos en español son, «Las acciones dicen más que las palabras mismas» [Actions say more than words themselves]; y «Dame hechos, no palabras» [Give me deeds, not words]; y «Del dicho al hecho hay un largo trecho» [From the word to the deed there is a great distance].

La patriarca del Antiguo Testamento es un ejemplo admirable de vivir la fe. Nuestra primera lectura de hoy, del libro de Génesis, nos da la historia de la llamada de Abraham. La fe de Abraham era tan extraordinaria que San Pablo se refiere a él como el padre de todos los que tienen fe (Romanos 4:16). El libro de Josué en el Antiguo Testamento nos dice más sobre Abraham. [[Lee de la Biblia](#)]

Sus padres vivían más allá del Río, y servían a otro dioses: acuérdense de Teraj, padre de Abrahán y padre de Najor. Pero yo tomé a su padre Abrahán más allá del Río y le hice recorrer todo el territorio de Canaán (Josué 24:2b-3a).

Nuestra primera lectura de Génesis nos da los detalles: Dios llamó a Abrahán a salir de su patria y de su familia e ir a una tierra desconocida. Dios prometió bendecir a Abrahán con descendientes de modo que de Abrahán viniese ser la bendición a toda la gente del mundo. Eso suena maravilloso, y por supuesto lo es; pero consideren: Según la Biblia, Abrahán tenía setenta y cinco años cuando Dios le habló a él, y seguramente con su familia Abrahán había adorado a muchos dioses. Pero ahora **un** Dios le habla. ¿Le habla Dios a él en una visión o en un sueño? La Biblia no nos lo dice. Pero este Dios le pide a Abrahán que deje a los dioses de sus padres, que deje a su parientes, que deje a todas las cosas y todas las personas que él ha conocido y que vaya a una tierra desconocida, una tierra que Dios le mostrará. Y este Dios le dice a Abrahán que Dios hará «nacer de él un gran pueblo». Junto con Abrahán irá su esposa, pero ella tiene sesenta y cinco años y es estéril. Creo que cualquier otra persona habría dicho, «¿Dios, tú quieres que yo vaya

donde y sea qué?» Pero la Biblia dice, «Abram partió, como se lo había ordenado el Señor». No me extraña que Abraham es llamado al padre de todos los que tienen fe.

Sin embargo no es sólo Abraham el que recibe una llamada de Dios. También nosotros recibimos una llamada. Nuestra segunda lectura nos recuerda que hemos recibido una llamada de Dios y que nosotros también estamos en un viaje. Dios «nos ha llamado a que le consagremos nuestra vida». Eso es nuestro viaje. Como dije hace dos semanas, cada día de nuestras vidas decidimos vivir para Dios o para lo que no es Dios. Sin embargo, observen que «nuestras buenas obras» no merecieran nuestra salvación. En nuestra lectura de hoy San Pablo dice que «Dios es quien nos ha salvado y [entonces] nos ha llamado a que le consagremos nuestra vida», y no merecemos esa salvación a causa de lo que hacemos; nuestra salvación es un don dado gratuitamente a nosotros. Nuestro viaje comienza con el don de la gracia de Dios que él «nos ha concedido por medio de Cristo Jesús desde toda la eternidad». Desde ese don, si se quiere, desde la tierra de gracia estamos llamados a entrar a lo desconocido, siempre escuchar la dirección continuada de Dios. El viaje de Abraham le llevaron a través de un río, a través de desiertos, sobre montañas, frente a la gente hostil y hasta reyes hostiles, pero no lo dejó hasta conseguirlo. ¿Siempre era fiel Abraham en sus acciones? No, no lo era. La Biblia da dos cuentos diferentes de su miedo y el decir una mentira (Génesis 12:13; 20:2). Abraham no era una persona perfecta, pero en medio de todo esto y a pesar de sus defectos humanos, sus pecados, su camino permaneció el viaje de fe. La Biblia nos dice, **[Lee de la Biblia]** «Y creyó Abram a Yavé, el que lo tuvo en adelante por un hombre justo» (Génesis 15:6).

El destino de Abraham era la tierra de Canaán, la tierra que años más tarde sería conocida como la Tierra Prometida, «una tierra que mana leche y miel» (Éxodo 3:8). La Transfiguración les da a Pedro, a Santiago, y a Juan un atisbo del destino último de Jesús después de la resurrección y ascensión: Jesús es para siempre, por toda la eternidad, en la Tierra Prometida con Dios el Padre, con Moisés y con Elías. Nos da, como les da a estos apóstoles, un atisbo de su y de nuestro destino. Jesús oró para ellos y para nosotros que «donde [él] esté, allí estará también [su] servidor» (Juan 12:26); es decir, Jesús oró que nuestro destino en el grande desconocido estaría la presencia de Dios–Padre, Hijo, y Espíritu Santo–con todos los santos y con todos nuestros queridos quienes han ido antes para estar con él. Que él nos guarde fiel en nuestro viaje.